

EL MAL INOCENTE Y LA RESPUESTA DE NUESTRA FE

Juan Pablo García Maestro¹

ALGUNAS OBSERVACIONES PRELIMINARES

- a) ¿Por qué crea Dios? ¿Cuál es la razón por la que Dios, pudiendo en su sabiduría infinita tanto crear como no crear, se decide a crear? ¿Es posible un mundo sin mal? ¿Es este el mejor de los mundos posibles?

Una respuesta posible a los dos primeros interrogantes es esta: “*Para comunicar una participación finita de su esplendor infinito*”.

Si **el mal físico** procede de la condición finita de los seres humanos, y **el mal moral** procede del mal uso que hacemos de nuestra libertad, parece necesario concluir que Dios no podía crear seres humanos que no estuvieran sometidos a ambos tipos de males. Puesto que el ser humano no puede dejar de ser a la vez finito -a diferencia de Dios- y libre- a diferencia de los animales-, la alternativa para Dios no consistía en crear seres humanos expuestos al sufrimiento o crearlos protegidos de él, sino crear seres humanos expuestos al sufrimiento o renunciar a crearlos².

1 Religioso de la Orden de la Santísima Trinidad, es profesor de Teología Fundamental y Eclesiología en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y de Teología y catequesis en el Instituto Superior “San Pío X”. Es vicario parroquial de la Parroquia de San Juan Bautista de la Concepción en el barrio de Aluche (Madrid)

2 Aquí seguimos la obra del teólogo Andrés TORRES QUEIRUGA, *Repensar el mal. De la ponerología a la teodicea*, Trotta, Madrid 2011.

El filósofo francés Jacques Maritain se ha expresado de modo similar al sostener que “es preciso mantener, con santo Tomás de Aquino, que toda criatura, sea hombre o ángel, naturalmente impecable, por la misma razón por la que no puede hacer un círculo cuadrado”³.

Sostenemos que **Dios**, al respetar la falibilidad de la libertad humana, muestra un respeto infinito por el ser humano, que llega hasta el punto de que puede hablarse incluso de una “cierta impotencia”. San Juan Pablo II afirmó en esta misma línea que en cierto sentido se puede decir que frente a la libertad humana Dios ha querido hacerse “impotente”⁴.

Dios crea por puro amor y por pura gracia, y del mismo modo quiere que el ser humano se realice en el amor. Por eso lo crea libre, ya que sólo el amor que nace de la libertad es auténtico amor. Él nos crea libres, por eso el misterio del mal moral tiene su raíz última en el misterio de nuestra libertad.

De ahí que no esté de acuerdo con el dilema que planteó el filósofo griego Epicuro, que de forma muy abreviada decía así:

“O Dios no puede evitar el mal y entonces no es todopoderoso, o no quiere y entonces no es bueno”⁵.

Porque, ¿qué entendemos por Todopoderoso? ¿Pedir a Dios cosas ilógicas y absurdas? Es bueno y todopoderoso en el compartir su esencia. Dios es amor y alteridad o relación y, desde el respeto infinito que Dios tiene a nuestra libertad, deja que otros seres desde su finitud participemos en su esplendor infinito. Por eso, el evangelio de Juan define con profundidad teológica que Dios es Amor (cfr. 1 Jn 4, 8). Y es Amor no porque ama o crea, sino que es Amor y Creador *en sí*, en su esencia. Dios no sería ni bueno ni todopoderoso si hubiese permanecido ensimismado en su esencia.

3 J. Maritain, *St. Thomas and the Problem of Evil*, Milwaukee 1942.

4 Cf. Juan Pablo II, Carta apostólica *Salvifici Doloris*, n. 23, en: www.vatican.va

5 Este dilema se lo atribuye Lactancio a Epicuro en su obra *De ira Dei*, 13, 20-21.

Finalmente, añadiría que, si el mal es inevitable en la realidad finita, ello no significa que sea mala. Significa sólo que es “finitamente buena”, buena afectada por el mal, sin excluir la posibilidad, y muchas veces la realidad, del fracaso. Lo dijo santo Tomás de Aquino: “Lo que puede fallar, falla alguna vez”. Por eso la finitud no es mal, sino sólo condición de su posibilidad. De ahí que algunos autores rechacen la expresión “mal metafísico” (A. Torres Queiruga). Realmente sólo existen el mal moral y físico.

El teólogo Edward Schillebeeckx afirma: “La finitud no implica por sí misma sufrimiento y muerte. Si así fuera, la fe en una vida superior (que no deja de ser una vida de seres finitos) sería una contradicción intrínseca”⁶.

¿Es concebible una salvación perfecta sin romper la finitud? Santo Tomás de Aquino y el filósofo Bernard Welte hablan de “infinitud finita”. O, diríamos mejor, de una finitud colmada⁷. En la salvación definitiva sería eliminado el mal como insatisfacción y sufrimiento, no como finitud y límite.

- b) **La segunda observación** preliminar se podría formular con esta idea: “*Ante el mal el ser humano no puede permanecer como un espectador*”. El mal antes de ser planteado desde la teología o la religión es problema humano. Creamos o seamos ateos ante el mal, especialmente ante el mal inocente, no podemos permanecer neutrales. Por eso, con el teólogo Jon Sobrino sostenemos que hay que luchar contra el mal no sólo desde fuera, sino desde dentro, cargando con él⁸. Es decir, hay que historizar el pecado y la conversión para mirar el mundo con más honradez y actuar sobre él con mayor vigor.

Esto nos lleva a su vez a señalar dos serios peligros que amenazan a cualquier religión, incluso también afectan a los humanismos ateos:

Vivir en un mundo irreal, sin participar en su sufrimiento (peligro de docetismo).

6 E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos*, Cristiandad, Madrid 1982, 818.

7 A. TORRES QUEIRUGA, *Repensar el mal*, 247-257.

8 J. SOBRINO, *La centralidad del reino de Dios en la teología de la liberación*, en “*Revista Latinoamericana de Teología*” 9 (1986), 247-281.

- Trasladar la salvación a un conocimiento atemporal y aterrenal (gnosticismo).

A partir de estas observaciones preliminares, concluyo con una última idea. Creo que un enfoque erróneo del problema del mal está envenenando la imagen de Dios y haciendo que muchísimas personas pierdan la fe.

¿Podemos estar a favor, como algunos sostienen, que el mal es “la roca del ateísmo”? (Georg Büchner)⁹. ¿Se puede creer en un Dios bueno en un mundo tan injusto? Supongamos que como creyentes dijéramos que el ateísmo tiene la razón y que sus planteamientos contienen la verdad. Esto conllevaría a lo que acabamos de afirmar: un enfoque erróneo del problema del mal está envenenando la imagen de Dios.

De ahí que el desafío desde la fe es: ¿Cómo demostrar que Dios es solo amor y salvación? Desde nuestra fe sostenemos que Dios está haciendo todo el bien que está en su mano hacer, está siempre contra el mal, no lo consiente ni es cómplice de él, y Él no lo quiere en modo alguno.

A este planteamiento que estoy presentado, ¿qué observaciones críticas se nos pueden objetar?

Una de ellas es cómo conciliar la afirmación de que Dios no puede crear un mundo sin mal, porque el mal sería inherente a la imperfección de la creaturidad, y mantener una salvación eterna dada por Dios a seres creados, que supondría una salvación plena del mal. ¿Por qué primero no puede y luego al final sí?

El teólogo jesuita Juan Antonio Estrada sostiene que no se puede esperar una salvación futura, aunque se justifique el retraso contra la pregunta del por qué tarda tanto, si se ha establecido que creación y finitud son consustanciales al mal. Y no se entiende cómo se puede esperar esa segunda creación. San Pablo habla de la salvación como una nueva creación (cfr. Rom 8, 18-23). Pero si se dice que ni el mismo Dios

⁹ G. BÜGNER, *La muerte de Danton*, en *Obras Completas*, Alianza editorial, Madrid 1992, 112.

puede crear sin que haya mal, no se entiende cómo se puede esperar esa segunda creación¹⁰.

¿Qué decir entonces? Podemos objetar que no se busca un mundo perfecto sin mal, pero sí uno mejor, con menos posibilidades del mal y de sufrimiento. Si se hallara en un planeta o en el universo que hubiese con mejores condiciones podríamos preguntar el por qué de nuestra situación. Pero este universo sabemos que no existe. De ahí que humildemente tenemos que afirmar que, por muchas respuestas acertadas que podamos dar, todas las hipótesis dejan interrogantes sin resolver.

EL MAL INOCENTE EN LA BIBLIA

La experiencia de Job

Antes de entrar a un análisis del libro de Job, comienzo con una constatación: la Teología europea ha planteado el tema del mal desde la existencia o no existencia de Dios (Blas Pascal). Sin embargo, la aportación más original de la Teología Latinoamericana es reflexionar y hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente¹¹. El teólogo dominico Gustavo Gutiérrez, nacido en Lima (Perú), escribió en la década de los ochenta del siglo pasado un libro titulado “*Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*”¹². En esta obra sostiene que el libro de Job plantea una pregunta radical: ¿Existe alguien que desde el sufrimiento injusto sea capaz de afirmar su fe en Dios y hablar gratuitamente de él? ¿Solamente se cree cuando nos van bien las cosas? Esta es la apuesta sobre la que está basado el libro de Job. El tema central de Job no es una respuesta al problema del mal, sino del lenguaje de Dios, y si es posible creer en él en la prueba del sufrimiento y del mal inmerecidos, el mal inocente.

10 Se trata de una recensión del autor al libro de A. TORRES QUEIRUGA *Repensar el mal* publicado en la revista *Proyección* 2011, 262-263. Del autor ver también su libro *La imposible teodicea. La crisis de la fe en Dios*, Trotta, Madrid 1997.

11 Esto lo he tratado de forma más amplia en mi artículo “La gratuidad de Dios y el sufrimiento del inocente. Una aproximación al tema desde la teología de Albert Nolan, Johann Baptist Metz y Gustavo Gutiérrez”, en *Lumen* 53 (2004), 331-390.

12 Lima 1986.

Un dato importante es que Job no era judío¹³. Él era de la tierra de Hus, tierra pagana. Estamos ante un hecho, un personaje, entre otros muchos, que es posible la experiencia de Dios más allá de un pueblo que se siente elegido por Dios (el pueblo judío). La Biblia deja bien claro que la experiencia de Dios se da en otras religiones, en personas que no pertenecen al pueblo de la Alianza.

Job muestra desde su vida, desde la experiencia de prueba, que su concepto y experiencia de Dios es diferente antes y después de la prueba. Lo resume muy bien esta confesión que hace Job al final de las dificultades: “*Antes te conocía de oídas, pero ahora te han visto mis ojos*” (Jb 42, 5).

Desde la experiencia de Job vemos de nuevo que nuestra condición finita no es un impedimento para experimentar a Dios, ni para dar una respuesta aquí ya en la historia al problema del mal inocente.

Otro tema central del libro de Job es el de la teoría de la **Retribución**. Se trata de una cuestión aún no resulta en la mentalidad de muchos. La Retribución estriba en afirmar que el mal o las desgracias vienen porque Dios nos las envía a causa de nuestros pecados y nuestras culpas. Job vive ese problema cuando sus amigos bien pensantes le quieren hacer comprender y convencer de que su desgracia es debida a que es culpable, a que ha hecho mal y Dios le ha castigado. Sin embargo, Job se siente inocente y les echa en cara a sus amigos esta frase: “*Vosotros sois unos consoladores inoportunos*” (Jb 13, 4).

En el libro de Job descubrimos dos desplazamientos en la forma de responder al problema de la Retribución:

- El primero es que Job es consciente que su sufrimiento no es individual. Es la injusticia y el dolor en la que viven muchos inocentes y pobres. Y por eso el creyente en Dios deberá aliviarlos con su ayuda.

13 Hay excelentes estudios sobre el libro de Job, entre otros que se podrían citar: L. ALONSO SCHÖKEL- J. L. SICRE DÍAZ, *Job*, Cristiandad, Madrid 1983; J. Vermeylen, *Job, ses amis e son Dieu*, A. Schoors ed., Leiden 1986.

- Job comprende que el mundo de la justicia debe ser colocado desde la gratuidad del amor de Dios. La gratuidad, el alivio y la ayuda hacia el sufrimiento de los inocentes hace que Job no sea un justo paciente, sino que Job se constituya en un justo rebelde. Rebeldía contra el mal inocente.

Por eso podemos afirmar que, si no se puede condenar al hombre para defender a Dios, tampoco se puede condenar a Dios para defender al hombre.

Por lo tanto, la pregunta que se planteó en el siglo XX, “¿Se puede creer en Dios después de Auschwitz?” remite también a la cuestión de si se puede confiar en el ser humano después de Auschwitz (la antropodicea). Y lo paradójico es que desde los campos de exterminio se oró y se creyó en Dios (D. Bonhöffer, E. Stein. E. Hillesum, Maximiliano Kolbe....). La Teología Política alemana nace precisamente de esta pregunta: “¿Cómo hacer teología después de Auschwitz?”¹⁴ Pues bien, después de Auschwitz nosotros podemos seguir rezando porque en Auschwitz también se rezó. También en la América Latina sufriente se hizo teología desde Ayacucho¹⁵.

Otra idea central del libro de Job, y de tantas situaciones actuales, es que el sufrimiento del inocente apunta a los culpables. Es responsabilidad de quienes lo provocan. Esto lo podemos ver también en algunos textos de la Biblia. Quiero citar un esclarecedor texto del libro del Eclesiástico:

“El pan que mendigan es la vida de los pobres; el que se lo quita es un asesino. Mata a su prójimo el que le quita los medios para sobrevivir; retener el salario de un trabajador es lo mismo que derramar su sangre” (Ecle 34, 21-22).

14 Envío a las obras del teólogo alemán J. B. METZ, *El clamor de la tierra. El problema dramático de la teodicea*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1996; *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Sal Terrae, Santander 2007.

15 G. GUTIÉRREZ, *Como hablar de Dios desde Ayacucho*, en *Revista Latinoamericana de Teología* 15 (1988), 233-242.

El testimonio y la lucha contra el mal en la vida de Jesús de Nazaret

En la Biblia podemos constatar que toda la vida de Dios y de los profetas es una lucha contra el mal. Jesús de Nazaret lo afronta no como espectador, sino que participó en su sufrimiento. Su ministerio consistió en instaurar el Reino. Los signos que realizaba consistían en curar a los enfermos, liberar a los endemoniados, anunciar la buena nueva a los pobres y curar todo tipo de dolencias (cfr. Lc 4, 16-30)¹⁶.

Tampoco Jesús trasladó la salvación a un conocimiento atemporal y aterrenal. Ni lo dejó para el final de los tiempos, sino que trabajó para que el Reino se hiciera presente en la historia¹⁷.

Un ejemplo de la lucha contra el mal inocente y del modo de combatir contra él, lo podemos ver en la parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37). Aquí, Jesús define quién es nuestro prójimo y quién es para Jesús el *homo verus*. Nuestro prójimo es aquel herido que no pasamos de largo ante su dolor, y ante el que se nos conmueven las entrañas de misericordia para ocuparnos de él. El *homo verus* es el que obra según el principio misericordia¹⁸.

En esta parábola y en muchos momentos en que Jesús cura a los enfermos, vemos que él no miró en primer lugar el pecado o la culpa, sino ante todo el sufrimiento de la gente.

El mal inocente lo sufre el Hijo de Dios, que padece las consecuencias del mal estructural, tanto político como religioso, de todos aquellos que fueron responsables de su condena a muerte en la cruz¹⁹. Desde la vida de Jesús afirmamos que el pecado consiste en haber dado muerte al Hijo de Dios y seguir dando muerte a sus hijos (Ignacio Ellacuría).

16 Para este apartado envío a mi libro *El Dios de Jesucristo*, CCS, Madrid 2010, especialmente 34-40.

17 Cf. R. SCHNACKENBURG, *Reino y reinado de Dios*, FAX, Madrid 1970; Ch. H. DODD, *Las parábolas del Reino*, Cristiandad, Madrid 2001.

18 Cf. J. SOBRINO, *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Sal Terrae, Santander 1992, especialmente 34-38.

19 Envío a mi artículo "Las causas de la muerte de Jesús", en *Staurós. Teología de la Cruz* 47 (2008), 53-60.

Devolver la dignidad a las personas marginadas y a las víctimas y pobres le costó la vida a Jesús. Por eso, desde la vida de Jesús y de tantos mártires de todos los tiempos sostenemos que el mal no es la roca del ateísmo. Más bien lo constituyen la neutralidad, la apatía, el fatalismo y la falta de solidaridad hacia las causas del mal inocente. Desde el misterio de la Cruz y la Resurrección, Dios ha dado en su Hijo una respuesta al tema del mal. Dios no resucitó un cadáver, sino una víctima inocente. Desde la Cruz y la Resurrección, Dios revela su infinito amor por la humanidad. Desde la Resurrección, Dios ha demostrado que la última palabra no es la muerte sino la vida. La Resurrección da sentido a lo que san Ireneo de Lyon decía: “La Gloria de Dios es que el hombre viva, y la gloria del hombre es estar un día junto a Dios”.

Sin la esperanza en la Resurrección, podríamos decir con Johann Baptist Metz: “No habría final peor que el que no hubiese ningún final”²⁰. Y sin Dios no habría justicia para todos aquellos que han sufrido el mal inocente.

EL TESTIMONIO DE ETTY HILLESUM

En este tercer apartado quisiera proponer el testimonio de la escritora judía holandesa Etty Hillesum. Todo ello para confirmar algo que ya he recordado anteriormente: que, en medio de una experiencia durísima de dolor, hubo gente que oró, creyó y fue radicalmente solidaria con los demás. Esta mujer nació el 15 de enero de 1914 en Midelburg (Holanda), de padre holandés y madre judía rusa. Se dedicó a los estudios de psicología. Muchos la consideran una verdadera mística. Su espiritualidad se desarrolla en un ámbito de total y absoluta libertad ante Dios que la seduce, la conquista y la toma por entero. Se trata de una mística salvaje, de filiación anónima, que puede leerse desde cualquier óptica, incluso desde una óptica cristiana.

Además de los Salmos y del evangelio, que cita en diferentes ocasiones en sus “Diarios”, entre las lecturas religiosas habituales de Etty se encontraba san Agustín, sobre todo el libro de las Confesiones. Fascinada por la fulgurante personalidad del obispo de Hipona, comenta: “Volveré a leer otra vez a san Agustín. Es tan severo y fervoroso. Y tan apasionado y lleno de entrega en

20 J. B. METZ, “Zukunft aus dem Gedächtnis des Leidens”, en *Concilium* (D) 8 (1972), 399-407.

sus cartas de amor a Dios. En realidad, son esas las únicas cartas de amor que uno debería escribir: cartas de amor a Dios”.

Sus diarios muestran cómo estaba convencida de que solo sería fiel a sí misma si no abandonaba a los que estaban en peligro -su pueblo sufriente- y si no empleaba todas sus energías en aportar vida a las vidas de los demás: quería ser un bálsamo para sus heridas.

A finales de 1943, la fragancia que fue la vida de Etty Hillesum se derramó en la cámara de gas y en los hornos crematorios de Auschwitz en solidaridad con su pueblo y con millones de otras personas.

Termino con este testimonio en el que Hillesum expresa que no es Dios quien tiene que ayudarnos, sino que somos nosotros los que tenemos que ayudar a Dios:

“Corren malos tiempos, Dios mío. Esta noche me ocurrió algo por primera vez: estaba desvelada, con los ojos ardientes en la oscuridad, y veía imágenes del sufrimiento humano. Dios, te prometo una cosa: no haré que mis preocupaciones por el futuro pesen como un lastre en el día de hoy, aunque para eso se necesite una cierta práctica. Te ayudaré, Dios mío, para que no me abandones, pero no puedo asegurarte nada por anticipado. Sólo una cosa es para mí cada vez más evidente: que tú no puedes ayudarnos, que debemos ayudarte a ti, y así nos ayudaremos a nosotros mismos. Es lo único que tiene importancia en estos tiempos, Dios: salvar un fragmento de tú en nosotros. Tal vez así podemos hacer algo por resucitarte en los corazones desolados de la gente. Sí, mi Señor, parece ser que tú tampoco puedes cambiar mucho las circunstancias; al fin y al cabo, pertenecen a esta vida. Y con cada latido del corazón tengo más claro que tú no nos puedes ayudar, sino que debemos ayudarte nosotros a ti y que tenemos que defender hasta el final el lugar que ocupas en nuestro interior. Ahora estoy empezando a estar un poco más tranquila, mi Señor, por esta conversación contigo. Mantendré un futuro próximo muchísimas conversaciones contigo, y de esta manera impediré que huyas de mí. Tú también vivirás pobres tiempos en

mí, Señor, en los que no estarás alimentado por mi confianza. Pero créeme, Señor: seguiré trabajando por ti y te seré fiel y no te echaré de mi interior”²¹.

CONCLUSIÓN

¿Qué tenemos que hacer? **Practicar a Dios**. Santiago tiene en su carta una frase admirable, no desprovista de cierta malicia. Dirigiéndose a los cristianos, les espeta: “¿Creéis en Dios? ¡Muy bonito! ¡También el diablo cree en él!” (St 2, 9).

Si creemos que el problema de Dios consiste únicamente en saber que existe, no aventajamos en mucho al diablo. Lo que importa es confesar a Dios, practicarlo. ¡Y esto es precisamente lo que se niega a hacer el diablo!

Sobre el Dios de la salvación precisamos un discurso que no sea embaucador, sino responsable. En esta línea escribía Hans Urs von Balthasar:

“El servicio reconciliador del cristiano no es el de una súplica (impotente), sino el poner en el empeño toda la existencia hasta el punto de ser derramado como ofrenda”²².

Al inicio he citado el dilema de Epicuro: “O Dios no puede evitar el mal y entonces no es todopoderoso, o no quiere y entonces no es bueno”. Lo que viene a cuestionar Epicuro es el compromiso de la divinidad con el mundo y, por tanto, la Providencia divina. Pero no sólo niega la Providencia divina, sino que alcanza la negación de la misma existencia de la divinidad.

Creo que la respuesta a este dilema es que Dios puede y quiere acabar con el sufrimiento. Pero no quiere acabar con él de cualquier manera. Lo hace sólo de una forma: **compadeciéndolo**; es decir, dejándose afectar por el dolor. La imagen de Dios revelado en Jesucristo muestra el compromiso de Dios para acabar con el sufrimiento. Pero muestra también el modo utilizado por

21 *Una vida conmovida. Diario de Etti Hillesum*, Anthropos, Barcelona 2007, 142-143.

22 H. U. VON BALTHASAR, *Glaubhaft ist nur Liebe*, Einsiedeln 1963 (trad. Castellana: *Solo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca 1971).

Dios para acabar con él: superarlo desde dentro. El discurso de la cruz pone de manifiesto la estrategia de la actuación divina. Dios asume el sufrimiento porque es la única forma en que puede superarlo. Su libre decisión de compartir el sufrimiento humano es expresión de su propia esencia²³.

El Dios que se revela en la cruz es el Dios que sale de sí. Por eso, san Juan afirma que “Dios es amor” (1 Jn 4, 8). Ese Dios que se nos revela en el Hijo, y que nos dice que en la muerte está la vida, es escándalo para los judíos y locura para los griegos. Para éstos, Dios se hace accesible en la racionalidad. Merece la pena dar culto a Dios, cuando es capaz de comprenderlo. Pero, quien anuncia que en la muerte se encuentra la vida, no puede razonarlo demasiado; más bien ha de testimoniarlo. Por eso la predicación aparece como locura y escándalo (Cfr. 1 Co 1, 18-23).

Ser cristiano consiste en seguir a Jesús en su fidelidad al Padre y, por tanto, seguirle también en el sufrimiento y en la cruz. El resultado definitivo, sólo al final, será reproducido en la imagen gloriosa del Hijo. Así lo afirma san Pablo:

“Siempre llevando en el cuerpo, de acá para allá, los sufrimientos de muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nosotros” (2 Cor 4, 10).

“A mi modo de ver, el sufrimiento, a pesar de todo su sinsentido y su opacidad, no tiene capacidad para vaciar del todo la experiencia religiosa, aunque pueda sacudirla hasta hacerle tambalearse. Al contrario, contribuye como quizá ninguna otra realidad a configurarla, convirtiéndose así en lugar teológico privilegiado. Resulta entonces que el sufrimiento no necesariamente es la roca donde fundamentar la negación de Dios, sino que puede convertirse en el punto de apoyo desde el que atisbar una nueva imagen y experiencia de Dios no accesible desde otras atalayas”²⁴.

23 K. Rahner, “Warum lässt uns Gott leiden?”, en *Schriften zur Theologie* XIV, Einsiedeln 1980, 450-466.

24 J. R. BUSTO SAIZ, *El sufrimiento. ¿Roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina?* Lección inaugural del curso académico 1998-1999 de la Universidad Pontificia de Comillas, pronunciada el 30 de septiembre de 1998, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 1998, 45.